

## APUNTES PARA UN MANUAL DE HISTORIA DE LA IGLESIA MEDIEVAL, SIGLOS V AL XV

JOSÉ SÁNCHEZ HERRERO  
Universidad de Sevilla

### INTRODUCCIÓN

Debía ser el curso 1984-1985 cuando comencé una especie de cruzada para que entre los programas del área de Historia de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla se introdujera una asignatura de Historia de la Iglesia Medieval, siglos V al XV. Algunos de mis colegas me criticaron dura y negativamente: aquello sería un Catecismo, se practicaría el proselitismo cristiano-católico entre los alumnos, el profesor era un vaticanista y otras lindezas; pero otros me apoyaron, el entonces ya director del Departamento de Historia Medieval y Ciencias y Técnicas Historiográficas, don Manuel González, catedrático de Historia Medieval, estuvo entre éstos últimos y su apoyo fue el más importante. Hoy, al escribir con gusto unas líneas en su homenaje por los veinte años de paz y de buena convivencia bajo su dirección en el Departamento, me ha parecido justo dedicarle estas pequeñas reflexiones sobre una materia que desde aquel ya lejano curso he venido explicando.

Quede claro desde la primera línea que no me siento, en razón del contenido de mis estudios, historiador de segunda clase, ni historiador que se preocupe de aspectos de la Historia menos interesantes que cualquiera de los otros. En un libro reciente Jacques Le Goff afirma:

“No obstante, no desearía que se creyera que (la lectura) de *Ivanhoe* fue el único desencadenante de mi entrada en la Edad Media. Por entonces, este período formaba parte del programa de la educación secundaria. En clase pude disfrutar de un profesor excepcional: Henri Michel. Aunque no era medievalista, sabía relatar, sabía suscitar el interés de los alumnos y tratar los temas más delicados de una manera imparcial; no se limitaba a describir, se dedicaba a explicar. Aunque era militante socialista y agnóstico, Henri Michel hablaba muy bien de la Iglesia, lo que no dejó de seducirme, pues yo era un niño católico practicante, como deseaba mi madre, mientras que mi padre, por su parte, era anticlerical, incluso antirreligioso.

De entrada, Henri Michel había puesto las cartas boca arriba: “En la Edad Media, la Iglesia lo domina todo”. Mi devoción de entonces –relativa, ciertamente, pero sincera– quedó seducida. Me conmovió que un laico tratara el tema con competencia y respeto”<sup>1</sup>.

---

1. J. LE GOFF, *En busca de la Edad Media*. Barcelona, 2003, 20.

## 1. PRELIMINARES

### a. *La Edad Media y sus épocas*

Toda división de la Historia en épocas y su titulación es una operación convencional que los historiadores han venido realizando como medio para poder estudiar y comprender el devenir humano.

Hoy en día, al menos entre los historiadores occidentales, la Historia comúnmente se divide, tanto a nivel mundial y más concretamente a nivel europeo, en Antigua, Media, Moderna y Contemporánea. La Iglesia y su sucederse, que no se realiza en un mundo ni en un plano distinto de este mundo nuestro, se halla, desde su fundación a nuestros días, fuertemente implicada y condicionada por el tiempo histórico. Por ello, se pueden dividir sus etapas en las mismas que dividimos la Historia mundial o, al menos, la europea, esto es: Antigua, Media, Moderna y Contemporánea.

La Historia Medieval, época media o situada en medio o valorada medianamente entre o en relación con la Antigüedad y los Tiempos Modernos, sin querer entrar en más discusiones y tomando la opinión más común, comprende del siglo V al XV, ambos incluidos, desde la desaparición de los emperadores romanos de Occidente (476) hasta la toma de Constantinopla por los Turcos (1453) o desde la época de las grandes migraciones hacia el Sur y el Oeste de los pueblos del Centro y Norte de Europa durante los siglos V y VI hasta la eclosión del Humanismo y del Renacimiento, durante los siglos XIV y XV, siempre fechas convencionales que se pueden alargar o acortar al gusto del consumidor. La Edad Media se forma por la convergencia de tres corrientes principales: la civilización greco-romana, las tradiciones de los pueblos germánicos y el cristianismo. También la Historia de la Iglesia en la Edad Media la extendemos del siglo V al XV, apoyados, prácticamente, en las mismas razones que hemos anotado para la Historia Universal.

La historia de la Iglesia Antigua, desde su fundación a Constantino el Grande (287-337), realiza un proceso creciente de unificación que tiene como resultado el nacimiento de la *Iglesia Imperial*. En la Iglesia Occidental este proceso estuvo acompañado por el incremento de la autoridad de la cristiandad romana y de su obispo, el Papa.

La actividad de aquella Iglesia Imperial se vio interrumpida por la invasión de los pueblos germanos (o bárbaros). Tras la caída del Imperio Romano de Occidente, la Iglesia no se enfrentó con una nueva estructura, sino con toda una serie de estados germánicos separados entre sí y autónomos, de extensión inestable y de insegura cohesión interna, que eran arrianos o paganos. Todo ello ocurría a partir del 405-406, por eso colocamos en estas fechas el *Nacimiento de la Edad Media en la Historia de la Iglesia*.

El desarrollo de la Edad Media se suele establecer en tres tiempos: Alta (V-X), Plena (XI-XIII) y Baja Edad Media (XIV-XV). El primer tiempo normalmente se divide en dos grandes épocas: Las primeras invasiones y los primeros reinos germano-romanos (V-VIII), y el Imperio Carolingio y las segundas invasiones (IX-X). Con lo cual tenemos, en verdad, cuatro grandes épocas.

*La primera época* es el tiempo de la penetración de la Iglesia en los nuevos pueblos germánicos o de la conversión de dichos pueblos, conversión que fue, sobre todo, la obra de los monjes y de los obispos, realizada sin una perfecta planificación pensada, por ejemplo, por los obispos de Roma. El insuficiente conocimiento de las necesidades de la Iglesia y las posibilidades de los lejanos pueblos germánicos se lo impedía, *Iglesia Monástica e Iglesia Episcopal*.

*La segunda época* comienza con una afirmación del papado como centro religioso, cultural y, hasta, político de la Europa cristiana. El Papa, guardián de la Iglesia Occidental, concierta la alianza con los francos, la mayor potencia secular de Occidente. Se puede subdividir en tres períodos: 1) La creación de un estado para el Papa, que duraría hasta 1870. Después de la fundación teológico e ideológica de un Estado de la Iglesia, ahora se establece su fundación económica y política, estrechamente ligada la Iglesia al nuevo Imperio Carolingio; al mismo tiempo que una peligrosa ecuación cristiano = católico = romano surge en Occidente. 2) El *saeculum obscurum*, especialmente del pontificado, finales del siglo IX hasta finales del X. En la historia de cada papado se pueden leer muchas páginas sobre intrigas y luchas, homicidios y violencias de papas y antipapas. Pero no fue tan oscuro para la Iglesia, como normalmente nos lo han presentado, pues se fundó Cluny, en Lorena surgieron núcleos reformados y reformadores y los reyes se contaron entre los santos. 3) El período de los Otones. Se acepta el “dualismo” de gobierno en la Iglesia: Papa “Sacerdotium” y Emperador, “Sacro Imperio”. En la lucha entre los dos poderes, predominó casi siempre el imperial. *De una Iglesia Episcopal a una Iglesia Papal*.

A lo largo de esta segunda época se producen dos graves rupturas. A partir del 622 una nueva religión, cultura, fuerza se hace presente en Oriente, el Norte de África y España: *El Islam*. Desde el siglo V, pero con más fuerza desde el VIII y definitivamente a mediados del siglo XI, aunque el pueblo no se enterara hasta 1204, cuarta cruzada, se consuma *la ruptura entre las iglesias de Constantinopla y Roma, Oriental y Occidental*.

*La tercera época* es, en verdad, la de la afirmación del papado como centro religioso, cultural y político de la Europa Occidental, la llegada de la *Iglesia Papal*. El papado, con la reforma de Cluny y de Gregorio VII, pasa a primer plano y reivindica en demasía sus pretensiones de libertad y de primacía. La así llamada reforma gregoriana no fue solamente una reforma moral del clero que llevó al papado a conquistar su libertad y, luego, a liberar a toda la Iglesia de la tutela de los poderes temporales. Lo que se modifica es el orden del mundo: la jerarquía absoluta del Papa de Gregorio VII (1073-1085) a Inocencio III (1197-1216) y, con el mundo, el pensamiento con la aparición de la Escolástica, desde Pedro Abelardo (1079-1142) a santo Tomás de Aquino (1225-1274), la piedad y la sensibilidad cristiana, con san Odilón de Cluny (c.962-1049) y san Bernardo de Claraval (1090-1153). Esta evolución se caracteriza por una progresiva clericalización de la Iglesia y por la correspondiente y fatal represión del elemento seglar.

*La cuarta época*. A la edad de oro de la cristiandad medieval (siglo XIII) sigue una época atormentada que ve enfrentarse los nacionalismos y romperse la unidad de la cristiandad, primero en su jerarquía (1378-1417) y, después, en sus creencias (siglo XVI). Al mismo tiempo se inicia un proceso de desacralización del Sacro Imperio y de su dignidad imperial. A estos hechos contribuyeron las luchas de los

príncipes cristianos entre sí y con el Papa, la aparición, entre otras obras, del *Defensor Pacis* de Marsilio de Padua (1324) la primera teoría no clerical del Estado, la desacralización de la cultura y la decadencia moral del papado más preocupado de la política, de la riqueza y del arte que de la religión. Pero una nueva religiosidad profundamente cristiana, que prestigia a los laicos, nacida a comienzos del siglo XIII con san Francisco de Asís (1182-1226) se extiende vertiginosamente. En el siglo XIV una espiritualidad intimista y cristiana se difunde en Europa desde los Países Bajos. Y hasta el Renacimiento se desarrolla dentro del cuadro social del cristianismo, puesto que no sólo los grandes predicadores de la penitencia como san Bernardino de Siena (1380-1444), fray Girolamo Savonarola (Florencia) (1452-1498), sino también los grandes humanistas: Nicolás de Cusa (1401-164), Marsilio Ficino (1433-1499), Erasmo de Róterdam (c. 1469-1536) y Tomás Moro (1478-1535) estaban dispuestos a una *renovatio Christianismi*.

#### b. El escenario

La historia de la Iglesia en la Edad Media, comparada con la de la Antigüedad, tiene una dimensión espacial distinta. El escenario de la historia de la Iglesia es, por una parte, más reducido, y, por otra, más ancho que en los siglos cristianos precedentes.

En primer lugar, el retroceso del Imperio Romano redujo, también, la zona alcanzada por el mensaje cristiano, por ejemplo: el Norte de las Galias y las Islas Británicas. Esta pérdida se vio compensada, más tarde, con una conquista. La verdadera ampliación del escenario de la historia de la Iglesia se logró con la cristianización de los pueblos germánicos de Europa central y Escandinava, y de los pueblos eslavos de los Balcanes, de Rusia, de Polonia y de Hungría.

En segundo lugar, el escenario estuvo limitado a Europa. El auténtico escenario donde se desarrolla la historia eclesiástica medieval fue Occidente. Esta circunscripción fue promovida primero por el Islam (desde el siglo VII) y, segundo, por la separación de la Iglesia oriental (Bizancio, Balcanes, Rusia) desde el siglo XI.

1) Desde el punto de vista de la historia de la Iglesia, Mahoma (574-632, primera aparición en el 611) vino a ser un huracán aniquilador que logró se perdieran para la Iglesia las provincias cristianas más antiguas y (junto con Roma) más independientes desde el punto de vista eclesiástico: Siria, Palestina, Egipto y el norte de África. En el 711 cayó el reino cristiano visigodo de España. En el 732 el Islam fue detenido en Poitiers.

2) Sobre la separación de la Iglesia de Oriente, debemos advertir lo siguiente:

a) Las Iglesias de Oriente tuvieron desde muy pronto una gran independencia, de acuerdo con la mayor independencia general de las iglesias en los primitivos tiempos del Cristianismo. Especialmente por su fundación apostólica gozaban de ciertos derechos particulares. A pesar de mantenerse la comunidad de fe entre Oriente y Occidente, las culturas de ambas mitades del imperio fueron viviendo distanciadas. Este crecimiento por separado tuvo como fundamento:

A) Político: la rivalidad entre la nueva y la vieja Roma, entre el joven patriarca de Constantinopla y el obispo de Roma dio lugar a que tal situación penetrara en todo el mundo eclesiástico. Cada ámbito eclesiástico se fue diferenciando conforme al modo como en cada uno de ellos se resolvía el problema central de la historia eclesiástica medieval: las relaciones entre el sacerdocio y el imperio: en Oriente se produjo una mezcla confusa de ambas esferas; en Occidente se mantuvieron unas relaciones muy tensas entre las mismas.

Las iglesias de Oriente conservaron una independencia eclesiástica, que se vio limitada en grado sumo por el emperador; en efecto, en el emperador, el “rey-sacerdote”, reconocían al único representante de Dios, que ejerce autoridad también sobre la Iglesia, aunque sus asuntos internos quedan reservados a la Jerarquía.

Esta mezcla inicial, progresivamente consumada, de ambas esferas tuvo también su correspondencia en Occidente. Pero la relación estuvo aquí, desde el principio, claramente caracterizada por la distinción de dos órdenes radicalmente independientes. Teóricamente ambos debían estar subordinados a una unidad superior. Pero por ambas partes, tanto por la eclesiástica como por la temporal; ni se realizó por completo la distinción, ni se entendió suficientemente la unidad. Lo que a lo largo de los siglos encontramos fue, más bien, todo tipo de intromisiones recíprocas y el intento de someter al rival. En estas tensiones, oscuras por muchos conceptos, radica la lucha existente entre *sacerdotium et imperium*, el Papado y el Imperio, que domina la Edad Media Occidental.

B) Eclesiástico: al acentuarse, en Occidente, la autoridad propia de la Jerarquía Eclesiástica, su carácter ministerial cobró mayor fuerza.

- La autoridad ministerial del Papa reclamó para sí, en exclusiva, el poder religioso, con determinados derechos anejos, que anteriormente estaban reservados al emperador.
- Esta actitud radical agudizó la rivalidad de los patriarcas orientales con el obispo de Roma. Conscientes de la fundación apostólica de sus respectivas iglesias, consideraron una innovación las pretensiones de los papas. Sin embargo, aparte de la poca antigüedad de la sede episcopal de Constantinopla, no tuvieron en cuenta que su propia idea de unidad, basada enteramente en el emperador y el imperio, no era en absoluto de origen apostólico.

Todo ello tuvo como consecuencia la separación de ambas iglesias Oriental y Occidental de 1054 a nuestros días.

b) A pesar, primero, de la independencia y, después, de la separación, la iglesia de Oriente influyó en la de Occidente, especialmente con anterioridad a la ruptura. La influencia no sólo fue importante, sino decisiva y fundamental, en las decisiones dogmáticas de los grandes concilios. La influencia fue también muy grande en el monacato. En su conjunto no es sólo un regalo de Oriente a la Iglesia, sino que el monacato occidental, incluso en sus reformas, siempre se ha remitido a sus orígenes greco-orientales. Juan Casiano (c.360-435) y, en general, el monacato anterior a San Benito (c.480-c.550); también el monacato irlandés, acusó una fuerte influencia

oriental. En la teología monástica es notoria la pervivencia de los Padres griegos. Como figura individual más destacada hay que mencionar a Juan Escoto Eriúgena (c.810-c.877), él fue el traductor del Pseudo-Dionisio. Precisamente en este caso se demuestra la profunda influencia de la teología griega en la occidental; Dionisio Areopagita llegó a ser para Santo Tomás una autoridad poco menos que absoluta. El influjo de Oriente en Occidente se acrecentó con las Cruzadas; de manera especial con la recepción de las obras de los filósofos griegos, Aristóteles a la cabeza, realizada a través de España y Sicilia, como también con la irrupción de ciertas ideas religiosas “sincretistas”, como el movimiento “cátaro”.

## 2. LA IGLESIA Y SU DESARROLLO HISTÓRICO

Antes de hablar de la Iglesia Antigua, Medieval o Moderna tendríamos que haber hablado de la Iglesia y su desarrollo en este mundo nuestro. He preferido incluir estas primeras páginas que desbrocen un poco el terreno, para pasar a una breve definición de Iglesia, de las formas de su desarrollo y de la posibilidad y modo de su conocimiento.

La Iglesia Cristiana y su historia se pueden estudiar desde el punto de vista del filósofo, del hermeneuta, del creyente, del teólogo, del apologeta. El punto de vista y el oficio del historiador es siempre estudiar las sociedades terrenas, el oficio del historiador de la Iglesia es para mí estudiar la Iglesia en cuanto sociedad terrena.

Definir la Iglesia y estudiar el desarrollo de la misma y de la vida cristiana es una tarea muy compleja. Si cualquier hecho, cualquier sociedad humana, es difícil de estudiar por su complejidad y la multiplicidad de causas que lo originan, mucho más la Iglesia que, siendo humana, está constantemente mezclada, de manera real y objetiva, o de modo solamente aparente –los hombres ponemos muchas veces como fachada de nuestros intereses humanos a Dios–, o únicamente en la fe y creencia de los creyentes cristianos con lo divino.

Los miembros de esa comunidad que es la Iglesia cristiano-católica se tienen por cristianos o seguidores de Jesús de Nazaret, y creen que ese hombre histórico, Jesús de Nazaret; al mismo tiempo que hombre, era Dios, el hijo de Dios, y su mensaje y su obra: la Iglesia, divinos.

Comencemos por estas últimas afirmaciones. Si Jesús es el Hijo de Dios, su mensaje y su obra son divinos. La notas o cualidades fundamentales de esa Iglesia o de esa comunidad de seguidores de Jesús de Nazaret son, según la tradición constante de la Iglesia desde el símbolo de la fe proclamado en los Concilios de Nicea (325) y de Constantinopla I (381), cuatro: Una, Santa, Católica y Apostólica. *Una*, unidad de fe, unidad de culto, unidad de gobierno en el claro deseo de Jesús: “Tengo otras ovejas que no son de este recinto; también a éstas tengo que conducir las; escucharán mi voz y se hará un solo rebaño con un solo pastor” (Jn. 10,16); “Padre Santo, protege tú mismo a los que me has confiado, para que sean uno como lo somos nosotros... No te pido sólo por éstos, te pido también por los que van a creer en mí mediante su mensaje:

que sean todos uno, como tú, Padre, estás conmigo y yo contigo; que también ellos estén con nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste” (Jn. 11b. 16, 20-21).

*Santa*, es decir, si Jesús es el Hijo de Dios, su obra, lo realizado por Él, lógicamente será santo. Esta es la nota más difícil de entender. Jesús afirma: “El Padre mismo os quiere, porque vosotros ya me queréis y ya creéis que yo salí de junto a Dios; salí de junto al Padre y vine a estar en el mundo, ahora dejo el mundo y me vuelvo con el Padre” (Jn. 16, 27-28). San Pablo admite la conveniencia de que existan herejías: “*Primum quidem convenientibus vobis in Ecclesiam, audio cisuras esse inter vos, et ex parte credo. Nam oportet et haereses esse, ut et qui probati sunt, manifesti fiant in vobis*” (I Cro. 11,18-19).

El teólogo Francis A. Sullivan S.J., en una obra reciente, creo que expone con claridad y sencillez esta cuestión difícil y controvertida:

“¿Es la Iglesia imperfectamente santa también una Iglesia pecadora?”

Volvamos a señalar que la afirmación sobre la santidad de la Iglesia que indica que es “genuina aunque imperfecta” aparece en la discusión del Concilio Vaticano II sobre la “naturaleza escatológica de la iglesia peregrina”. Debería estar claro ahora por qué decimos que la santidad genuina de la Iglesia es consecuencia de su naturaleza escatológica: esto es, consecuencia de la definitiva victoria de Cristo sobre el pecado, que comparte con su Iglesia. Por otro lado el hecho de que su santidad sea imperfecta es consecuencia de ser una “Iglesia peregrina”, que todavía tiene que luchar para permanecer en el buen camino de su verdadero hogar.

Una y otra vez en el curso de la historia, los cristianos han cometido el error de atribuir a la Iglesia en este mundo cualidades que sólo tendrá en el futuro reino de Dios. Por ejemplo, en la época de San Agustín, los donatistas creían que la santidad de la Iglesia exigía que ningún pecador perteneciera a ella. San Agustín contestó comentando varias parábolas del Señor, como la que trata sobre la cizaña sembrada entre el trigo y la red que cogía peces buenos y malos. En ambos casos la finalidad era que la separación del bien y del mal llegaba sólo en el juicio final; hasta entonces la Iglesia estaría formada por santos y pecadores. Fiel a estas enseñanzas del Señor, el magisterio ha rechazado enérgicamente las teorías que podrían limitar la pertenencia a la Iglesia a los predestinados a la vida eterna<sup>2</sup>, o a los que se encuentran en estado de gracia<sup>3</sup>.

A veces se ha invocado un pasaje de la carta a los Efesios para probar que la Iglesia no puede tolerar la presencia de pecadores entre sus miembros: “Cristo amó a la Iglesia y dio su vida por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño de agua en virtud de la palabra y presentársela resplandeciente a sí mismo, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada” (Ef. 5, 25-27). La respuesta de san Agustín fue que la Iglesia “sin mancha o arruga” no es la Iglesia como es ahora, sino como será en el reino de Dios. El concilio Vaticano II refleja esta interpretación cuando, hablando de la Santísima Virgen María como ejemplo de la Iglesia, dice: “En la Santísima Virgen la Iglesia ya ha alcanzado esa perfección, por lo cual ella existe sin mancha ni

2. Ver las proposiciones de Jan Hus, condenadas por el Concilio de Constanza y por el Papa Martín V en 1418: E. DENZINGER, *El Magisterio de la Iglesia*. Barcelona, 1963, 627-656.

3. Ver las proposiciones de Pascasio Quesnel, condenadas por el Papa Clemente XI (1700-1721): E. DENZINGER, *El Magisterio de la Iglesia*, ob. cit., 1351-1451.

arruga" (*Lumen Gentium* 65). En otros pasajes, el concilio reconoce explícitamente que la Iglesia en su estado peregrino no está "sin mancha ni arruga". Aquí se muestran algunos de los textos donde se observa:

"Aunque Cristo, "santo, inocente, inmaculado" (Hebr. 7,26) no conocía el pecado (2 Cor. 5,21), sino que vino a expiar sólo los pecados del pueblo (cfr. Hebr. 2,17), la Iglesia, abrazando a los pecadores en su seno, es santa y al mismo tiempo necesita siempre ser purificada, e incesantemente sigue la senda de la penitencia y la renovación" (*Lumen Gentium* 8).

Cristo llama a la Iglesia, mientras ella sigue su camino peregrino, a esa continua reforma que siempre necesita, puesto que es una institución de hombres aquí en la tierra (*Unitatis Redintegratio* 6).

El reconocimiento explícito del concilio de que la Iglesia necesita ser purificada, renovada y reformada muestra que no quiere que pensemos en la Iglesia como en algo que permanece perfectamente puro e inmaculado por los pecados cometidos por sus miembros. El realismo con que admite el concilio que la propia Iglesia, y no sólo alguno de sus miembros, necesita purificación y reforma es consecuencia del nuevo énfasis que pone el concilio en la naturaleza de la Iglesia como "pueblo peregrino de Dios". Centrándonos también de forma unilateral en la idea de la Iglesia como cuerpo místico de Cristo, uno podría tratar de identificar la Iglesia tan próxima a Cristo como para atribuirle la impecabilidad que es propia de su cabeza. Subrayar la naturaleza de la Iglesia como "pueblo peregrino" pone de manifiesto el hecho de que la Iglesia está formada por personas reales, que a través de su peregrinación en la tierra tienen que luchar contra la tentación y la debilidad de la carne.

Hemos insistido en que para que la Iglesia sea indefectiblemente santa debe tener siempre miembros santos. De una manera realista, tenemos que decir que siempre tendrá otros miembros que vivan en estado de pecado mortal sin arrepentimiento. En otro sentido, todos los miembros de la Iglesia son pecadores, ya que nadie puede evitar todos los pecados veniales, el tipo de pecado por el que debemos pedir perdón diariamente. Teniendo esto en cuenta, podemos describir la Iglesia tanto como pueblo santo y como pueblo pecador, no sólo porque algunos son santos y otros pecadores, sino porque incluso los santos también son pecadores"<sup>4</sup>

Esta Iglesia, pues, objeto de fe o de creencia, esta compuesta de hombres y mujeres, se realiza aquí, en este mundo en que vivimos, por lo que, inclusive desde el mismo punto de vista de la creencia, no se puede admitir que todos en la Iglesia sean santos, más bien todos sus miembros son pecadores o posibles pecadores.

*Católica* o universal, pues Jesús afirmó: "Se me ha dado plena autoridad en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todas las naciones" (Mt. 28, 18; Mr. 16,15).

*Apostólica*: porque Jesús: "Y llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y curar todo achaque y enfermedad. Los nombres de los doce apóstoles son éstos" (Mt. 10, 1-2; Mr. 6b-7; Lc. 9,1).

---

4. F. A. SULLIVAN S.J., *La Iglesia en la que creemos*. Bilbao, 1995, 95-97.



A ellas se ha de añadir la perennidad e inmutabilidad y la visibilidad. Pérenidad e inmutabilidad, porque la Iglesia ha recibido de su fundador, Jesús de Nazaret, hombre-Dios, la promesa de su duración indefectible, hasta el fin del mundo: “Ahora te digo yo: Tú eres Piedra, y sobre esta roca voy a edificar mi Iglesia, y el poder de la muerte no la derrotará” (Mt. 16, 18). Finalmente, la Iglesia fundada por Jesucristo es esencialmente y necesariamente visible, de modo que en todo tiempo y por todos pueda ser fácilmente y seguramente reconocida como la verdadera Iglesia de Cristo y distinta de las pseudo-Iglesias: “En esto conocerán que sois discípulos míos, en que os amáis unos a otros” (Jn. 13, 35).

Desde el punto de vista del creyente se han dado diferentes definiciones de la Iglesia, la del Catecismo Romano de san Pío V (1566-572) que pone de manifiesto el aspecto interior y espiritual de la Iglesia:

“La Iglesia es la unión de todos aquéllos que por medio de la fe han sido llamados a la luz de la verdad y al conocimiento de Dios a fin de que, abandonadas las tinieblas de la ignorancia y del error, adoren al Dios vivo y verdadero con pía y santa mente y lo sirvan con todo el corazón; o también, por servirse de una expresión concisa de san Agustín: “como el pueblo de los creyentes esparcido sobre toda la tierra”<sup>5</sup>;

la de san Roberto Belarmino (1542-1621) que se fija, más bien, en el aspecto externo, jurídico:

“La Iglesia es la sociedad de todos los creyentes unidos por la profesión de un misma fe y por la participación en los mismos Sacramentos, bajo la autoridad de los Pastores Legítimos y especialmente del Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo sobre la Tierra”<sup>6</sup>;

la de Pío XII (1939-1958) definiéndola como Cuerpo Místico de Cristo; la del Concilio Vaticano II (1962-1965) presentándola como Pueblo de Dios, que recoge y completa el Catecismo de la Iglesia Católica (números 751-757) (1992). Pero todo este conjunto es dogma, es proposición que el cristiano debe creer.

Mi punto de vista no puede ser otro que el del historiador y desde esta perspectiva histórica de lo que la Iglesia Cristiana Católica ha resultado ser a lo largo de la Historia y especialmente durante los denominados siglos medievales, la Iglesia es la comunidad, el conjunto de hombres y mujeres que siguen la persona y la doctrina de un hombre histórico, Jesús de Nazaret. Esta comunidad de hombres y mujeres, a lo largo del tiempo, ha definido sus principios, dogmas o creencias y sus fines a conseguir, ha establecido y definido unos actos o funciones litúrgicas, se ha organizado interiormente y se

5. “Communi vero deinde sacrarum scripturarum consuetudine haec vox ad rempublicam christianam fideliumque tantum congregationes significandas usurpata est, qui scilicet ad lucem veritatis et Dei notitiam per fidem vocati sunt, ut rejectis ignorantiae et errorum tenebris, Deum verum et vivum pie et sante colant, illique ex toto corde inserviant: atque ut unico verbo haec res tota absolvatur, Ecclesia, ut ait sanctus Augustinus, est populus fidelis per universam orbem dispersus”. *Catechismus Romanus ad Parochos ex Decreto Sac. Concilii Tridentini*. Matriti, MDCCCXVI, 73.

6. R. BELARMINO, *De Ecclesia militanti*, 2.

ha dotado de unos órganos de poder, de unos medios asistenciales, de unas instituciones culturales y, durante los siglos medievales (lo que al medievalista más le interesa) llegó a constituirse y funcionar como un estado político soberano: Los Estados Pontificios, del que era jefe espiritual y temporal, Papa y Soberano, el Obispo de Roma.

Ante la Iglesia y su desarrollo histórico se han producido dos posturas encontradas. La Iglesia admirada. La Iglesia Santa. No cabe otra postura que la admiración ante esta institución y obra de santidad, y tratar de olvidar y callar todo aquello no tan santo que encontramos en la Iglesia. Sirva de ejemplo una cita del famoso historiador y político inglés Thomas B. Macaulay (1800-1859):

“No hay ni ha habido nunca sobre la tierra una obra de prudencia política que sea tan digna de nuestro estudio como la Iglesia católica, romana. La historia de esta Iglesia enlaza entre sí las dos grandes edades de la civilización humana. No se mantiene en pie ninguna otra institución que pueda retrotraer el espíritu a los tiempos que vieron subir del panteón el humo de los sacrificios y saltar en el anfiteatro de Vespasiano los tigres y leopardos. Comparadas con la línea de los papas, las más soberbias casas reales son de ayer. Esta línea puede remontarse del Papa que en el siglo XIX coronó a Napoleón hasta el que ungió en el siglo VIII a Pipino. La república de Venecia le seguía en antigüedad, pero comparada con Roma ha de llamarse moderna y, por lo demás, ha desaparecido, mientras el papado continúa viviendo. El papado existe aún y no en decadencia, no como mera antigualla, sino con plenitud de vida y juvenil energía. Aún hoy día envía la Iglesia católica hasta los más remotos confines del mundo a heraldos de la fe, tan celosos como los que desembarcaron antaño en Kent con Agustín y todavía se enfrentan los papas con gobernantes hostiles con el mismo valor con que León I se enfrentó con Atila. No se columbra indicio alguno de que su largo señorío toque a su fin. La Iglesia de Roma ha visto el comienzo de todos los gobiernos e iglesias, que hay actualmente en el mundo y no podemos garantizar que no haya de presenciar también su fin y su término. Ella era grande y estimada, antes de que los sajones pusieran pie a tierra en Inglaterra, antes de que los francos atravesaran el Rin, cuando en Antioquía florecía aún la elocuencia griega y en la Meca se adoraban aún ídolos. Y puede durar intacta en su vigor, aún en el día en que un viajero de Nueva Zelanda, en medio de una desolación inmensa, se apoyara en un pilar destrozado del puente de Londres para dibujar las ruinas de la Iglesia de San Pablo”<sup>7</sup>.

Sin llegar a tales extremos el teólogo católico Hans Küng afirma:

“No cabe duda de que la historia de la iglesia católica es un historia de éxitos: la iglesia católica es la más antigua, numéricamente la más fuerte y seguramente también la representante más poderosa del cristianismo. Existe gran admiración por la vitalidad de esta iglesia doblemente milenaria; por su organización, que ya es global antes de que se hablara de “globalización”, y por su efectividad a nivel local; por su estricta jerarquía y por la solidez de sus dogmas; por su culto, rico en tradición y luminoso en su esplendor; por sus indiscutibles logros culturales en la construcción y la formación

---

7. Th. B. MACAULAY cit. en K. ADAMS, *La esencia del cristianismo*. Barcelona 1950.

de occidente. Los historiadores y filósofos de la iglesia más optimistas e idealistas creen que pueden advertir un crecimiento orgánico en su historia, su doctrina, su constitución, sus leyes, su liturgia, su piedad. Defienden que la iglesia católica es como un viejo árbol gigantesco, que mientras sigue dando frutos podridos y albergando ramas muertas todavía puede entenderse como en proceso de permanente desarrollo, desplegándose para acercarse a la perfección. Aquí la historia de la iglesia católica se define como un proceso orgánico de maduración y propagación”<sup>8</sup>.

Pero, también, existen opiniones situadas en el otro extremo. Autores hay, especialmente en nuestros días, que pretenden hacer una historia de la maldad identificada con la historia del cristianismo. Los historiadores de la Iglesia más críticos y antagonistas son de la opinión de que en los dos mil años de historia de la Iglesia no puede detectarse ningún proceso orgánico de maduración, sino algo más parecido a una “historia criminal”. Un autor, católico en tiempo, Karlheinz Deschner, ha dedicado su vida, y por ahora nueve volúmenes a esa historia. En ella describe todas las formas posibles de “delincuencia” en la política exterior de la Iglesia y en sus políticas relacionadas con el comercio, las finanzas y la educación; la propagación de la ignorancia y la superstición; la explotación sin miramientos de la moralidad sexual, las leyes matrimoniales y la justicia penal. Y así sucesivamente durante cientos de páginas<sup>9</sup>.

Sin caer en ese extremo, es absolutamente cierto que la Iglesia real ha dado lugar a tantas situaciones poco ejemplares que producen más el escándalo que la admiración. Otro texto, en este caso de nuevo de Hans Küng, nos sitúa esta postura:

“¿Habrá que recordar a los admiradores de la prudencia, poder y prestaciones de la Iglesia, de su esplendor, influjo y prestigio, habrá que recordar, decimos, las persecuciones de judíos y las cruzadas, los procesos de herejes y quemas de brujas, el colonialismo y las guerras de religión, las falsas condenaciones de hombres e ideas, sus múltiples fallos en la cuestión de la esclavitud, en la cuestión social y su identificación con determinados sistemas sociales, políticos y filosóficos? ¿Es que cabe cerrar los ojos, dentro de todo ese esplendor de luz, a este mar de lo humano y demasiado humano, a toda la dureza, miedo y estrechez, a toda la pereza, cobardía, mediocridad y falta de amor? Es más, ¿qué es todo lo que Macaulay y otros muchos han ensalzado frente a lo que deploraron en el mismo siglo de Macaulay un Kierkegaard y Dostoyevski, y en nuestro siglo, por ejemplo, Karl Barth, Carl Amery y Rolf Hochhuth? ¿Y cuanto no tienen que objetar contra la Iglesia los científicos y los médicos, los psicólogos y sociólogos, los periodistas y filósofos, los trabajadores e intelectuales, los católicos practicantes y los no practicantes, los jóvenes y los viejos, los hombres y mujeres contra los malos sermones, contra la liturgia entumecida, contra la piedad exterior, contra tradiciones sin meollo, contra una dogmática autoritaria, de rígida corrección y extraña a la vida, contra una moral que se pierde en la casuística, contra el oportunismo y la intolerancia, contra el leguleyismo

---

8. H. KÜNG, *La Iglesia Católica*. Barcelona, 2001, 16-17.

9. K. DESCHNER, *Historia criminal del cristianismo*. Nueve tomos. *Siglo X: desde las grandes invasiones normandas hasta la muerte de Otón III*. Tomo 9. Barcelona, 1998. Véase *Opus diaboli*. Catorce ensayos irreconciliables sobre el trabajo en la viña del Señor. Zaragoza, 1990.

y caciquismo de los funcionarios eclesiásticos de todos los grados, contra la ausencia de hombres de espíritu creador en la Iglesia!"<sup>10</sup>

Desde mi postura de historiador que estudia e interpreta la realidad dada, considero que la Iglesia es la comunidad de los hombres y mujeres que creen en Jesucristo. Comunidad de hombres, por tanto, también para ella nada de lo humano le es ajeno. Se manifiesta, como todo lo humano, en una línea zigzagueante en su caminar.

Siendo, pues, humana, todos los planos o niveles que podemos descubrir en cualquier comunidad humana se dan en la Iglesia, todas las motivaciones e intereses humanos caben dentro de la Iglesia: el sustrato o la apoyatura económica, porque la Iglesia come, viste, viaja, etc., y, por ello, atesora; los grupos sociales que dentro de ella se forman y muy en particular los de presión y poder; el poder, el mando; las realizaciones culturales; y el mismo caminar creyente hacia Dios, tanto en el plano intelectual, litúrgico, piadoso y benéfico, como en el del cumplimiento de la norma cristiana.

Todo ello lo podemos ver en tres perspectivas diferentes: la comunidad de hombres que creen en Cristo, en sí misma, como algo cerrado y autónomo que marcha en y desde sí misma, aunque esta perspectiva nunca se dio, nunca se dará y sería una hipótesis absolutamente ficticia. La Iglesia y su proyectarse repetidamente sobre la sociedad para impregnarla de vida cristiana, y, también, (;seamos sinceros!), para dominarla en todo o en parte. Y a la inversa, la comunidad civil y cada uno de los hombres que la integran intentando dominar y manejar a la Iglesia en su totalidad o en pequeñas parcelas.

Pensando en esa Iglesia, tal y como la hemos definido, y en la vida cristiana debemos tener en cuenta dos grupos humanos. En primer lugar, la Jerarquía: el papa y la sede pontificia; los obispos; los cabildos y el clero parroquial; los grandes abades similares a los obispos, los frailes y otras congregaciones religiosas. Después, los laicos o legos creyentes que forman también parte de la Iglesia. Los diferentes grupos jerárquicos no son buenos o pertenecen a otra categoría de hombres impecables por definición, o no se debe estudiar su vida privada por ser malo para el conocimiento de la Iglesia santa, todo lo contrario. Es en su débil realidad humana—como en la de un Niño pobre nacido en Belén o un Hombre ajusticiado en la Cruz— donde se manifiesta y encontramos la expresión misteriosa de Dios.

Existen aún otros dos planos de máximo interés, dignos de tenerse en cuenta, que han presionado y que lo siguen haciendo: la Iglesia adquirida, definida: conceptualmente, los dogmas; culturalmente, las universidades, las escuelas, los autores, las bibliotecas, etc.; políticamente, el estado político-eclesiástico; económicamente, los bienes muebles e inmuebles propiedad de la Iglesia; y socialmente, la categoría, la clase, el prestigio, el poder social adquirido. Y, por otro lado, la Iglesia peregrina, que avanza, necesariamente cambiando en todos sus planos.

En el estudio de la historia de la Iglesia se impone el absoluto realismo, en toda su extensión y en toda su complejidad, sin callar ni aminorar cualquier aspecto porque, en principio, creemos que puede ser dañino su conocimiento para la misma Iglesia.

---

10. H. KÜNG, *La Iglesia*. Barcelona, 1968, 39-40.

Todo lo contrario, los caminos de los hombres no son los caminos de Dios. La verdad es la única que se impone, la verdad es la única que, si Dios existe, si Jesús es Dios, puede venir de Dios, no la mentira, la media verdad, la ocultación, “Vosotros, para ser de verdad mis discípulos tenéis que ateneros a este mensaje mío; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” (Jn. 8,32). Sólo sobre la verdad de la historia humana de la Iglesia se podrá descubrir la verdadera intervención de Dios.

Todo lo que ha ocurrido en la Iglesia puede ser estudiado, entendido, explicado por un historiador de tejas abajo, todo se explica. Pero tenemos que precavernos de algunos errores e imposibilidades.

En primer lugar, existe un grave error: querer explicar el pasado por el presente. Primero habrá que hacer un gran intento para comprender el pasado y cada una de sus épocas, que no son la actual, y dentro de cada una de ellas tratar de explicar todos los hechos en ella ocurridos.

En segundo lugar, la Historia está y no está en los documentos, está en el historiador. Jacques Le Goff ha escrito:

“Para los historiadores “positivistas” del siglo XIX y de principios del siglo XX bastaba con reunir esos documentos, hacer una crítica de los mismos desde el punto de vista de la autenticidad (demostrar que no eran falsos; la historia de las falsificaciones constituye una bella página de la historiografía) para que estuviera hecha toda la obra histórica”.

Es un modo de hacer, de escribir historia ya pasado. El mismo Le Goff continua:

“Aprendí de mis maestros de los Annales que es el historiador quien crea el documento y otorga a los indicios, a los vestigios, como diría Carlo Ginzburg, el estatus de fuente. El cuestionario del historiador, las preguntas que se plantea (una parte esencial de su oficio), constituye la base de la historiografía, de la Historia”.

Y más adelante:

“Los Anales me enseñaron, de este modo, que la historia se deriva de una determinada manera de plantear los problemas a los documentos y a los hechos. No tomamos nada tal cual: planteamos preguntas a nuestras fuentes. En contrapartida, ellos nos obligan a una vigilancia crítica del funcionamiento de nuestro propio espíritu”<sup>11</sup>.

Nadie podemos ya negar la cierta y perenne subjetividad de los estudios de Historia, en el solo hecho de dividir las etapas, de seleccionar los temas, de anular algunos, de dar preferencia a otros estamos dejando sobre nuestra investigación nuestro punto particular de ver y enjuiciar la realidad dada.

En tercer lugar el viejo camino presentado por Hegel (1770-1831), por el que se desarrolla la mente, las ideas y también la realidad: Tesis, antítesis, síntesis, sigue estando en pie. Y a las preguntas que hicieron en el pasado unos autores a las fuentes

---

11. J. LE GOFF, *En busca de la Edad Media*, ob. cit. pp. 31-32 y 37

o a los hechos y sacaron unas conclusiones, hoy, quizás por aquello de la novedad, del exotismo o de querer completar la verdad con otras hipótesis, de lo que aquellos dijeron negro, hoy decimos blanco. Me ha llamado mucho la atención que el mismo Jacques Le Goff en su último libro sobre san Francisco de Asís se pregunte:

“San Francisco ¿medieval o moderno?”.

El mismo autor constata que

“Los historiadores de finales de los siglos XIX y XX son unánimes al tratar la modernidad de san Francisco, iniciador del Renacimiento y del mundo moderno”.

Sin embargo, Le Goff contesta:

“Por el contrario, un examen más detallado ha demostrado que la mayoría de las corrientes cuyo origen se ha querido ver en san Francisco tenían una fuente anterior a él. Si nos fijamos en temas precisos, advertiremos que, entre los siglos XII y XIII, en los crucifijos pintados se pasó de la figura de Cristo en gloria a la del Cristo del dolor, se produjo un retroceso de la Virgen en Majestad frente a la Virgen Materna, la iconografía de los santos tendía a apartarse de las figuras estereotipadas, con atributos simbólicos para vincularse a la verdad de la biografía y los rasgos”<sup>12</sup>.

Ayer los jóvenes se dejaron el pelo largo, la melena, hoy se afeitan la cabeza.

Al terminar estas líneas voy a confesar un aspecto de mi vida, lo que no estoy obligado a hacer, pero para despejar dudas. Soy creyente. Después de explicada la verdad de la Iglesia en su mayor extensión, en su gran complejidad, en la mayor objetividad posible (siempre, como todo lo humano, será subjetiva); después de preguntar al mayor conjunto de fuentes desde diferentes perspectivas o planos; después de querer interpretar los “hechos históricos” a la luz de estructuras temporales más amplias, puesto que creo que Jesús es el Hijo de Dios que ha venido para darnos y llevarnos a la salvación, en esa marcha zigzagueante de la Iglesia en su caminar renqueante descubrió la marcha del hombre hacia Dios y también el modo cómo Dios se acerca al hombre, o, dicho, con otras palabras, los mil pasos diferentes, positivos y negativos, de la Historia de la Salvación Cristiana. Pero no escribo Historia de la Salvación.

---

12. J. LE GOFF, *San Francisco de Asís*. Madrid, 2003, pp. 58-67, en especial 59-61.